

Nueva Antropología 32

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

ANTROPOLOGIA E HISTORIA EN SONORA:

SARIEGO, La reconversión industrial en la minería cananense * CAMOU, Los campesinos ganaderos de Sonora * CHAVEZ O. e IBARRA T., ¿Un testimonio de modernización en la ganadería o en la agricultura? * MOCTEZUMA Z., El Mayo: un idioma amenazado de muerte * VILLALPANDO, Los que viven en las montañas: arqueología de la isla San Esteban * CASTAÑEDA P. y GARCIA Z., La ganadería bovina en la cuenca media y alta del río Mayo * PEREZ, Campesinos mineros o campesinos ganaderos.

OTROS TEMAS:

ARIAS Y MUMMERT, Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México * AZPEITIA G., La autosuficiencia alimentaria en la política del estado mexicano * BIBLIOGRAFIA.

Campeños mineros o campesinos ganaderos

Emma Paulina Pérez*

INTRODUCCION

El punto de partida de este trabajo histórico fue el interés de conocer la problemática económica y social de la población rural de Sonora que vive de la ganadería. Como parte de una investigación exploratoria en la región central del estado, se realizó un estudio más a fondo en La Colorada, a 45 kilómetros de la ciudad de Hermosillo, actualmente ejido ganadero productor de becerros y queso. La Colorada ha contado en los últimos años con una población no mayor de 300 habitantes

en promedio, sin embargo, en 1910 llegó a albergar a más de 15 mil, junto con el barrio de Minas Prietas, al colocarse como la concentración minera, productora de oro, más importante del estado. Su actividad comercial y la calidad de sus servicios llegaron a competir con los de la ciudad de Hermosillo, capital del estado.

¿Cómo vivió la población de La Colorada el auge y la decadencia de la minería?, ¿cómo surgió el ejido? y ¿en qué forma se fue incorporando a la producción ganadera mediante la lucha constante de sus habitantes para lograr la subsistencia dentro y fuera de su poblado?, son algunas de las interrogantes que nos interesa desentrañar,

Esta historia no es una relación exhaustiva de hechos, fechas y personajes. Nuestro empeño, va en otro sentido: simplemente pretende ser una modesta aportación a los análisis históricos relacionados con el desarrollo rural y regional que han olvidado que los campesinos han sido pilar fundamental

* Lic. En Relaciones Industriales (UIA), con estudios de Maestría en Desarrollo Rural (UAM-XOCHIMILCO). Investigadora del Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C. donde estudia la evolución del estado nutricional de la población serrana sonorense y su relación a los cambios en el patrón de cultivos.

para el desarrollo de Sonora en el siglo XX. Campesinos como los de La Colorada han participado con su trabajo en la generación de la riqueza minera, agrícola y ganadera de Sonora, y en este sentido no han estado al margen del desarrollo, sin embargo, sí han sido privados de gran parte de sus beneficios. La historia de La Colorada es un buen ejemplo de ello: a principios de siglo sus pobladores generaron con su trabajo, la riqueza que benefició a los inversionistas norteamericanos; más adelante, los beneficios fueron para unos cuantos comerciantes locales que acapararon la comercialización del oro producto del gambuseo; y en los años cincuenta, los campesinos de La Colorada se sumaron a muchos otros que habitaban en la sierra, para trabajar en el desarrollo de la agricultura moderna de la región costera vecina, y en la construcción de la ciudad de Hermosillo. Actualmente, los campesinos de La Colorada, junto con los de numerosos ejidos ganaderos, garantizan con su trabajo el abasto de becerros a ranchos ganaderos y corrales de engorda.

Una aclaración: este trabajo es una reseña de una investigación más amplia difundida por el CIAD en mayo de 1986, bajo el título: *De mineros a ganaderos: un caso de incorporación campesina al desarrollo regional. La Colorada Sonora, 1884-1984*. De aquel trabajo somos coautores los ingenieros Orem Peralta Ramírez, José María Martínez, y quien realiza esta reseña. Por razones de espacio, algunos de los

datos que aquí se citan brevemente y con libertad, en la investigación original están ampliamente desarrollados y detalladas las referencias y fuentes de información. La investigación forma parte de un proyecto más amplio cuyo objetivo central es conocer, analizar y proponer alternativas a la problemática actual de la población rural que habita en las regiones ganaderas de Sonora. Para ello, se ha optado por obtener información de primera mano a través de entrevistas directas con los productores. Otras fuentes de información importantes son los Archivos Histórico y Administrativo del estado de Sonora, y los de la Secretaría de la Reforma Agraria, así como periódicos, censos y diversos documentos oficiales.

EL MINERAL DE LA COLORADA AUGE Y OCASO: 1886-1942

En 1886 y 1887 se inició la explotación a gran escala de los yacimientos de oro y plata del mineral de La Colorada, con la llegada de los inversionistas norteamericanos Chamberlain y Price, fundadores de La Creston Colorado Co.¹ "La Compañía", nombre con la que hoy la recuerdan sus pobladores, inició sus trabajos en los fundos de Minas Prietas, pequeño barrio vecino a La Colorada, que para 1890 se con-

¹ Salazar Ferra, Blas; "La Colorada en el recuerdo"; trabajo mecanografiado; Hermosillo, México, 1983.

vertiría en municipio libre dada la creciente atracción de población. Un año más tarde, en 1890, se construyó un ramal de ferrocarril desde Estación Torres hasta Minas Prietas, lugar que pronto se convertiría en la concentración minera más importante de Sonora.² El flujo constante de población del interior del estado y de estados vecinos, y la ampliación de los trabajos de "La Compañía" a los fundos de La Colorada, dieron pie a la formación del municipio del mismo nombre en 1893.

Para 1910, el mineral llegó a su máxima capacidad de explotación. En ese año La Creston Colorada Co. tenía en operación las minas El Crestón, La Fortuna, La Colorada, Prieta Florencia y San Juan con una producción total anual de 97 524 toneladas de oro y plata en bruto y cuyo valor ascendía a un millón 713 mil 918 pesos.³ El mineral fundido se enviaba en un pequeño tren de vapor de vía angosta a Estación Torres, parada cercana al ferrocarril del Pacífico, en donde se embarcaba hacia Douglas, Arizona.

La Creston Colorada ocupaba entre 300 y 500 trabajadores asalariados en la extracción, beneficio y fundición del mineral y pagaba jornales que variaban de 1.50 a 5 pesos. La población del conjunto Minas Prietas-La Colorada llegó en la primera década del siglo a más de 15 mil habitantes. Muchos de ellos eran agricultores —pequeños propietarios o jornaleros asalariados— originarios de regiones con tierras agrícolas pobres y cuyas condiciones orográficas, climáticas y geográficas limitaban el desarrollo de una agricultura suficiente para la subsistencia. Hacia algunos centros mineros, y quizá también a La Colorada, migraron trabajadores de otros estados —como Chihuahua, Zacatecas y Guanajuato— donde los minerales habían cerrado sus operaciones con anterioridad.⁴

Si bien, la actividad minera no se redujo a la explotación de los yacimientos de oro y plata —ya que también se explotaron minerales de grafito a cargo de empresas como la Compañía Minera San José, también de capital norteamericano— fue principalmente en torno a los trabajos de la Creston Colorada Co. que se organizó la vida de la población de La Colorada y de sus alrededores. La empresa pro-

² Aguilar Camín, Héctor; *La frontera nómada: Sonora y La Revolución Mexicana*; Siglo XXI; México, 1977; pp. 90-91.

³ Secretaría de Fomento e Industria; The Creston Colorada Co.: boletas para consignar datos censales de la industria minera; Dirección General de Estadística, Fomento e Industria; México, 1910; Archivo histórico del estado de Sonora.

⁴ Besserer, Federico; Díaz, José y Santana, Raúl; "Formación y consolidación del sindicalismo minero en Cananea", *Revista Mexicana de Sociología*; IIS-UNAM; 1980, Año XLII, Vol. XLII; núm. 4, pp. 1324-1325.

porcionó servicios de agua potable y electricidad e instaló un hospital para la población. Además creció el comercio local que contó con tiendas de ropa, calzado, alimentos, hoteles y restaurantes, predominantemente en manos de comerciantes chinos. La actividad comercial de La Colorada en la primera década de este siglo fue tan importante que compitió con la vecina ciudad de Hermosillo.

Al igual que en el resto de los centros mineros del estado, en La Colorada, la principal fuente de empleo era el mineral, y en menor medida, el comercio. Sin embargo, las familias de los trabajadores mineros realizaban labores en el campo. Mientras el trabajador minero vendía su fuerza de trabajo a cambio de un salario, su familia aseguraba una parte del sustento con los productos de una incipiente agricultura temporalera: se cosechaba maíz, trigo, frijol, calabaza y algunas horta-

lizas; además, se practicaba la ganadería de "traspatio", limitada a sostener unas cuantas cabezas de ganado bovino en los patios traseros de las casas. Con ello garantizaban el consumo de leche, cuajada, queso, manteca, cueros y eventualmente de carne. El sustento y reproducción de las familias de La Colorada era posible, por tanto, gracias al salario en las minas y a la producción de alimentos para el autoconsumo.⁵

En La Colorada, existía otro tipo de ganadería. Los inversionistas norteamericanos y algunos comerciantes locales invirtieron parte de sus ganancias en la compra de tierras y de ganado. Se dice que algunos propietarios llegaron a tener hatos hasta de mil cabezas de bovinos. La explotación de los agostaderos se hacía en forma extensiva —aprovechando simplemente los pastos y ramas naturales— y era escasa la ocupación de mano de obra

⁵ Este es quizá uno de los puntos más interesantes de discusión en este trabajo. Algunos análisis han considerado que la minería y la agricultura de principio de siglo en Sonora se desarrollaron como actividades paralelas, y sin interrelación. De lo anterior se deriva que los trabajadores mineros y sus familias eran un grupo social claramente definido y diferente al de los campesinos cultivadores y sus familias. Lo que aquí se está planteando es que en el caso de La Colorada no fue así: las mismas familias participaban tanto en la minería como en la agri-

cultura, y de ambas en conjunto lograban la reproducción de su fuerza de trabajo. Gran parte de las familias eran de origen campesino —por eso la denominación de "campesinos mineros"— y mientras operó la mina, el trabajo asalariado fue uno de los pilares de su sustento pero no el único, ya que mantuvieron su liga con la tierra, de la que obtenían parte de la alimentación. Sólo un análisis rígido y ahistórico, podría sostener que había una separación clara entre obreros y campesinos en La Colorada de principios del siglo XX.

en esta actividad. La producción de estos predios se destinaba en parte a la exportación; otra, cubría el abasto regional.

Al estallar los movimientos revolucionarios en el país, en 1910, la situación de inestabilidad política y la crisis económica se tornaron en amenaza para las empresas y propiedades de los inversionistas extranjeros. A partir de 1912, en La Colorada fue frecuente el envío de comunicados de los empresarios mineros norteamericanos a su gobierno solicitándole que presionara a las autoridades mexicanas para garantizar protección a sus bienes, dada la situación que calificaban como "atmósfera de intranquilidad". Asimismo, "La Compañía" amenazó con suspender los servicios públicos a la población si los trabajadores mineros se sumaban a los movimientos de los huelguistas de Cananea. También en 1912, con la solidaridad de los vecinos de La Colorada, los empresarios mineros solicitaron la presencia de un destacamento armado para protegerse de los cada vez más frecuentes ataques yaquis en la región. Los yaquis luchaban, como siempre, por la restitución de su territorio.⁶

A la amenaza revolucionaria y yaqui se sumaron serios problemas técnicos en la explotación de los mine-

rales de La Colorada. El ritmo de explotación de los minerales llevó a la perforación de los yacimientos a una profundidad mayor a la del nivel del agua, provocando el anegamiento gradual de las minas hasta hacer incontestable el bombeo del agua para continuar con la extracción de mineral. Fue así como, después de 25 años de explotación continua del mineral, La Creston Colorada Co. cerró definitivamente sus operaciones. Corría el año de 1915. Ese mismo año, al pasar el General Villa por La Colorada y en abierta lucha en contra de los extranjeros, dinamitó las bombas de desagüe de las minas y gran parte de la maquinaria quedó destruida.

Con la decadencia de la explotación de los minerales de La Colorada desaparece el que fue el principal centro aurífero de Sonora, y uno de los asentamientos de población más importantes de principio de siglo. En los años veinte, se inició la emigración paulatina de sus pobladores: unos salieron en busca de trabajo a los centros mineros del norte del estado como Cananea y Nacozari; otros, atravesaron la frontera a los minerales de Texas y Arizona. Sin embargo, no todos tuvieron oportunidad de salir en busca de mejores opciones de empleo: la mayoría de la población había vivido al día, y también para emigrar se necesitaban recursos. Muchos se quedaron para continuar en la minería como trabajadores libres. Continuaron la explotación de las vetas de los fondos mineros, reproduciendo en peque-

⁶ En el Archivo histórico del estado de Sonora constan al respecto oficios del 10 de junio, 11 y 30 de octubre, del año 1912.

ña escala los procedimientos industriales que en años previos realizó la desaparecida Compañía. Utilizaban cincel y martillo para desprender piedras con mineral que después trituraban en molinos tirados por bestias. Juntaban el mineral con azogue —mezcla de mercurio y cera— para obtener la “copeya” que lavaban en un trapo y exprimían. Por último ponían en brasas el mineral, para que el oro adquiriera su color característico. A este trabajo le llamaron gambuseo, distinto al de aquellos trabajadores que en otros poblados de la sierra sonorense lavaban las arenas de los ríos en busca de chispas de oro.

El gambuseo se convierte, en las décadas de los años veinte y treinta, en la principal actividad económica de las familias de La Colorada, Son. los años del auge gambusino, ocupación a la que se dedicaron alrededor de 400 trabajadores. Algunos se organizaron colectivamente para el trabajo y otros se mantuvieron libres. El mineral, producto de su trabajo, fue acaparado por los comerciantes locales quienes monopolizaban la venta de víveres, materiales y herramientas.

A la par del trabajo gambusino las familias de La Colorada continuaron la siembra de pequeñas parcelas con maíz, trigo y hortalizas; la ganadería se desarrolló en pequeño, en los solares de las casas y mantuvo su función de proveer a las familias de leche, carne y derivados.

Al iniciarse los cuarenta, la decadencia gambusina empezó a eviden-

ciarse. El nivel del agua de las minas terminó por anegarlas totalmente, y el trabajo del gambusino se volvió altamente riesgoso cuando no imposible. La emigración de más familias no se hizo esperar: algunas llegaron a Cananea justamente en los años de la segunda ampliación del mineral del norte. Otros buscaron empleo en la Costa de Hermosillo donde se iniciaban los desmontes de las tierras agrícolas que más tarde formarían una de las zonas irrigadas modernas más importantes del país.

Para quienes emigrar representaba un esfuerzo económico que no podían solventar, se hizo cada vez más urgente la demanda por la tierra. Legalizar la posesión podría ser el paso para asegurar una permanencia más segura en La Colorada.

LOS PRIMEROS EJIDATARIOS Y SUS DEMANDAS POR LA TIERRA: 1936-1946

En 1936, los habitantes de La Colorada solicitaron tierra por primera vez a través de un Comité Agrario, y en 1938 se oficializó la solicitud.⁷ Un año más tarde, en 1939, la Delegación Estatal de la Secretaría de Reforma Agraria hizo una evaluación de los re-

⁷ Secretaría de Reforma Agraria; Documentación oficial del expediente agrario del ejido La Colorada; Delegación Estatal; Hermosillo.

cursos de La Colorada a manera de diagnóstico de la economía local. Algunos habitantes gambuseaban aún en las viejas minas, y otros trabajaban en las minas de grafito. La agricultura, aunque precaria, aseguraba parte del alimento; las siembras de maíz y frijol ocupaban 284 hectáreas temporales. El resto de las hectáreas inspeccionadas, 14 406.85, eran agostaderos de donde se obtenía leña y ramas para alimentar al ganado que aún se criaba en los solares de las viviendas. Las características semidesérticas de las tierras no prometían un porvenir agrícola a los pobladores de La Colorada. Sitios productivos como los de Las Zayas, El Jagüey y La Placita, se diagnosticaron como suelos de "mala calidad", poco profundos, con capa arable de 30 a 40 centímetros y arenosos.⁸ Se requerían grandes inversiones para captar aguas broncas y aminorar los riesgos del temporal.

Conforme avanzó el trámite agrario para la entrega de tierras a los campesinos, los propietarios ganaderos de los predios colindantes presionaron a las autoridades para evitar la afectación de sus predios. Fueron varios los casos de propietarios que alegaron derechos sobre los terrenos potencialmente afectables.

Después de más de una década de asambleas campesinas, reuniones con

la Comisión Agraria Mixta y trámites administrativos que se rezagaban y reiniciaban con el cambio de los funcionarios de las dependencias agrarias, los campesinos de La Colorada lograron la resolución definitiva de la dotación. Se publicó en el Boletín Oficial de la Federación el 11 de septiembre de 1943. Tres meses más tarde, en diciembre, se hizo el deslinde de tierras y la instalación de mojoneras. En abril de 1946 se dio la posesión definitiva del ejido La Colorada: 8 300 hectáreas de agostadero y 128 como fundo legal para 123 beneficiarios.

La dotación amortiguó el problema de la tierra más no lo resolvió. De hecho, los campesinos quedaron desalentados porque reclamaban la posesión legal de 16 mil hectáreas de las cuales sólo se les entregaron la mitad. Habían sido efectivas las presiones de los propietarios colindantes. Los predios afectados fueron: en Minas Prietas, 1 959 hectáreas de William C. Taylor (exadministrador de "La Compañía"), 4 969.64 de las demasías del Jagüey, Chapala y Alonso, propiedad del gobierno del Estado; y en los Montevertes una superficie de 1 371.20 hectáreas propiedad de McLaurin.⁹

En los años que siguieron a los de la dotación, los habitantes de La Colorada presionaron para conseguir una ampliación; sin embargo, la urgencia de encontrar otros modos de vida los desalentó. Por otra parte, la dotación

⁸ *Ibid*; Informe del diagnóstico previo a la dotación del ejido; documentación de octubre de 1939.

⁹ *Ibid*; documentación de 1939.

ejidal los había enfrentado a una doble realidad: tenían seguro su derecho sobre 8 300 hectáreas, pero no habría más tierra para ellos, pues en los predios privados aledaños se ejerció la inafectabilidad ganadera y los terrenos nacionales también pasaron a manos de particulares.

LA ESTABILIZACION DEL PROCESO MIGRATORIO Y EL SURGIMIENTO DE LA PEQUEÑA GANADERIA: 1947-1973

La falta de medios seguros para subsistir y ante todo, las limitaciones que enfrentaron numerosos habitantes de La Colorada para disponer de tierra productiva, los obligaron a emigrar. La fuerza de trabajo de este poblado se sumó a la de muchos otros de la sierra sonoreNSE, para forjar el desarrollo de regiones agrícolas aledañas como lo fue la Costa de Hermosillo y su ciudad capital del estado. Aunque la migración se sostuvo como un proceso permanente e inevitable desde la decadencia del mineral, en 1915, treinta años después, se convirtió en un modo de vida para quienes desprovistos de tierra e instrumentos, salieron a vender su fuerza de trabajo como asalariados en las regiones de agricultura capitalista. Se ocuparon en los desmontes, preparación de tierras y cosechas de las recién abiertas tierras de riego. También la ciudad de Hermosillo, donde el auge de la costa acentuó el

desarrollo urbano, de servicios y comercios, captó a los emigrantes de La Colorada y de otros poblados serranos; se emplearon como albañiles, choferes, trabajadores domésticos, empleados públicos, y ayudantes de diversos oficios. Por lo general, el empleo no era permanente, así que estaban obligados a pasar de un lugar a otro. Algunos, los menos, se endeudaron con la compra de mercancía a crédito e instalaron pequeños abarrotes y misceláneas en los barrios populares de la ciudad. Muchos de estos emigrados se quedaron a residir en la capital. Con trabajo permanente algunos, y otros como eventuales, pero al menos con la posibilidad de conseguir el sustento que difícilmente podían obtener en La Colorada. El crecimiento demográfico de la ciudad de Hermosillo en aquellos años da cuenta de la dinámica económica que se vivió: tan sólo en una década —de 1950 a 1960— la población se duplicó al pasar de 43 519 a 93 978 habitantes.

De La Colorada también emigraron pobladores al otro lado de la frontera. Por ejemplo, como jornaleros a las regiones agrícolas del sur de los Estados Unidos. Varios de ellos se quedaron como residentes; otros fueron varios años por temporadas y regresaron a La Colorada. Algunos más, salieron hacia otros centros mineros, y se colocaron como mano de obra semicalificada. Precisamente en los años cuarenta, cuando el gambuseo en La Colorada entró en franca decadencia y forzó a la emigración de numerosas familias,

en Cananea se ampliaron los trabajos y se reabrió la contratación de trabajadores.¹⁰

El proceso migratorio a la costa, a la capital, a otros centros mineros y a los Estados Unidos, fue común entre los habitantes de la sierra sonoreña. Sin embargo, en La Colorada se vivió con mayor crudeza: de ser un centro de atracción de población en el que habitaron más de 15 mil habitantes, al solicitar el ejido en los años cuarenta quedaban solo 1 320 personas. Para 1960, la población bajó aún más: según el censo eran sólo 248 los habitantes de La Colorada.

La emigración, sin embargo, fue contradictoriamente la única posibilidad para reanimar la economía de las familias que permanecieron en La Colorada, y la posibilidad de afianzarlas al ejido. Al salir algunos de sus miembros a vender temporalmente su fuerza de trabajo, se creó una fuente de canalización de recursos que les permitió la compra de ganado propio y más adelante, la incorporación paulatina a la producción ganadera. Algunos recuerdan haber comprado ganado con los dólares adquiridos como jornaleros al otro lado de la frontera; otros, con la venta del mineral que obtenían de cuando en cuando del gambuseo. Por tanto, además de la entrega legal de la tierra ejidal, fue necesario que los campesinos de La Colorada vendieran su fuerza de trabajo fuera, para reanimar

la economía interna en torno a una nueva actividad: la ganadería.

Desde fines de los años cuarenta las familias campesinas de La Colorada empezaron a comprar ganado propio: primero compraban dos o tres vacas, pedían prestado un toro para cargarlas y así, muy lentamente, fueron reproduciendo sus hatos. El ganado lo compraban en los ranchos vecinos: por lo general era criollo, colorado, de patas y cuernos largos y altamente resistentes a las sequías. Al crecer los hatos, los animales salieron de los solares de las casas y empezaron a alimentarse en los agostaderos con pastos naturales y ramas. Empezó así a desarrollarse una ganadería típicamente extensiva. Los animales se cruzaban libremente, y las enfermedades se curaban con yerbas y ajo. Se criaban vaquillas y toretes hasta los dos años de edad, y se vendían a intermediarios que los arriaban a pie a Villa de Seris, Hermosillo y Guaymas. La producción de La Colorada poco a poco se incorporó al mercado para satisfacer, principalmente, la demanda regional y en particular la que se fue generando en la capital del estado.

Las tierras agrícolas, aunque pobres, no se dejaron de trabajar. Algunos campesinos cercaron parcelas de una a tres hectáreas y las sembraban de maíz, calabaza, y tres variedades de frijol: tépari, yorimuri y de agua. Aunque con el temporal incierto no se podía asegurar la cosecha, lo que se levantara servía para aliviar los gastos de alimentación de las familias. En los

¹⁰ Besserer, *et. al*; *op. cit.*; pp. 1324-1325.

años de fuertes sequías, algunos campesinos se vieron obligados a volver al gambuseo: con explosivos buscaban nuevas vetas para extraer unos cuantos gramos de oro que vendían en los comercios locales o en Hermosillo.

En este periodo de reanimación de la economía local, los campesinos de La Colorada mantuvieron su demanda por la ampliación del ejido. Sin embargo, el problema se fue haciendo cada vez más complejo. Por una parte, los propietarios de los ranchos colindantes buscaron la manera de evitar la afectación de sus tierras, ejerciendo presión sobre el ejido y sobre las autoridades. Por otra parte, según estas, el ejido no reunía un grupo suficiente de solicitantes de tierra que justificara la ampliación. El problema, además, deterioró la cohesión interna del ejido, obstaculizada ya de por sí ante el hecho inevitable de la permanente emigración.

Actualmente las autoridades no han resuelto el problema de tenencia de la tierra en La Colorada, y al igual que en otros ejidos, la atención del problema se ha desviado hacia la producción. A partir de los años setenta los ejidatarios de La Colorada han recibido algunos apoyos del gobierno estatal y federal, para construcción de infraestructura ganadera, así como créditos que han afianzado la especialización del ejido en la cría de becerros y en la elaboración de quesos.

MODERNIZACION Y ESPECIALIZACION GANADERA: 1974-1984

A partir de los años setenta, las familias de La Colorada han hecho de la ganadería su principal fuente de trabajo y de ingresos, y al igual que numerosos ejidos de la sierra, han incorporado su producción al mercado, especializándose en la cría de becerro y modernizando sus formas de producción. Este proceso, aunque de dimensiones estatales y estrechamente vinculado con la transformación internacional del proceso de producción de carne de res, se manifiesta con ciertas particularidades en cada ejido, y éstas son las que en este caso interesan.

En el ejido de La Colorada, en primer término, se han desarrollado nuevas formas de trabajo en torno a la ganadería. Es ahora una ganadería cuyos productos responden, en calidad y cantidad, a las exigencias del mercado y no, como antes, a completar la alimentación de la familia campesina. Esto ha trastocado el tipo y ritmo de las labores anuales: ahora hay mejoramiento genético, control de apareamientos y pariciones, uso de alimentos concentrados y de praderas cultivadas de pasto buffel —además de la alimentación con pastos naturales— y atención médico-sanitaria. La Colorada ha recibido apoyos estatales a la ganadería desde los sesenta: para la construcción de cinco represas, la perforación de dos pozos, la siembra de mil hectáreas de praderas de buffel,

además de algunos créditos de avío limitados a la cría de becerros y destinados a la compra de alimento para el ganado durante los meses de secas.

Los cambios han generado nuevos problemas: conforme las familias campesinas de La Colorada han ido reproduciendo sus hatos, el total de cabezas en propiedad del ejido ha crecido provocando un aumento de la carga animal en los agostaderos. Tan sólo en el periodo que va de 1980 a 1983, el número de cabezas de ganado total del ejido pasó de 951 a 1 490, lo cual significa un incremento de un 56 por ciento en el tamaño del hato. Sin embargo, dado que los campesinos no han logrado conseguir la ampliación del ejido, se han visto obligados a sobrepastorear el agostadero de que disponen: en 1983 destinaban sólo 5.5 hectáreas de agostadero por unidad animal. Para la región central de Sonora, a la cual pertenece La Colorada, el COTECOCA estimó en 1981 un coeficiente de agostadero recomendable de 31 hectáreas por cabeza.

El problema del sobrepastoreo deriva, entre otros aspectos, de la falta de solución al problema de tenencia de la tierra. Mientras tanto, el campesino de La Colorada ha tenido que buscar soluciones a la alimentación del ganado, ya que actualmente el agostadero sólo alcanza a sostenerlo de 6 a 7 meses al año, es decir, desde que inicia el periodo de lluvias en julio hasta diciembre o principios de enero, al terminar las equipatas (lluvias de invierno); en estos meses el campo reverdece

y se pueden aprovechar los pastos naturales. El resto del ciclo, de fines de enero a principios de julio, el productor de La Colorada tiene que hacer gastos en la compra de otros alimentos para el ganado. Compra *tazoles* como la cascarilla de trigo o salvado y la pasta de semilla de algodón; quienes tienen más recursos compran de vez en cuando pacas de alfalfa seca. Otra ayuda para alimentar el ganado son tres praderas de pasto buffel: dos de 500 hectáreas cada una y una más de 300. Estas praderas son de uso colectivo y los ejidatarios pagan una cuota por cada cabeza de ganado propia que utilice la pradera.

El 43 por ciento de los productores cuentan, además, con parcelas agrícolas en tierras de temporal. Las parcelas son de uso individual, tienen una extensión que varía entre una y tres hectáreas cada una, y por lo general se cultivan de sorgo y maíz forrajero. En total, suman aproximadamente 80 hectáreas, las tierras dedicadas a la siembra de forrajes. El resto de la tierra agrícola que anteriormente se cultivaba —alrededor de 200 ha más, según datos de 1939— actualmente ya no les costea a los ejidatarios de La Colorada cultivarla. Su trabajo lo invierten preferentemente en la ganadería, que es la actividad de la cual tratan de obtener la mayor parte del sustento. Por otra parte, las tierras agrícolas son de mala calidad y el temporal es incierto; ambos factores impiden una cosecha segura. Se ha reducido la producción de maíz, trigo y

hortalizas, y ello ha alterado la calidad de la alimentación familiar. Ahora, con los ingresos de la ganadería se compran los alimentos.

El principal producto ganadero que saca el campesino de La Colorada al mercado, es el becerro en pie. Cada año en los meses de noviembre y diciembre se venden los becerros a propietarios de ranchos en la región —quienes los llevan a pre-engordar en sus predios— o bien, se colocan directamente en los corrales de engorda de Hermosillo. El ejido de La Colorada ha vendido en los últimos años un promedio de 350 a 400 becerros anuales.

Otro producto del trabajo de los ejidatarios ganaderos de La Colorada es el queso. Actualmente, es uno de los pocos ejidos de la región donde se ordeña el ganado para elaborar quesos y venderlos. Si bien la cercanía del ejido al mercado de la capital, crea ventajas para la comercialización de este producto que otros no tienen, también es cierto que gracias a la venta del queso las familias de La Colorada obtienen un ingreso que se convierte en su salario diario para asegurar la comida de cada día. El queso se puede elaborar durante todo el año, pero las ventas más importantes se efectúan de

julio a noviembre. Los campesinos venden el queso en los comercios locales o bien, a compradores intermedios que llegan de Hermosillo y colocan el producto en tiendas de abarrotes y misceláneas.

Si se suman los ingresos que los campesinos de La Colorada obtienen por la venta de quesos y becerros al año, se tiene que el 39 por ciento de los productores obtienen, como ingreso diario, sólo 0.8 salarios mínimos y otro 39 por ciento reciben 1.4.¹¹ Todos ellos, es decir, el 78 por ciento de los campesinos ganaderos de La Colorada poseen menos de 20 vacas vientre en producción, cuando se estima que una familia de cinco miembros podría vivir con decoro, de la ganadería, si dispusiera de 40 vientres en producción. Esto ha obligado a la mayoría de los campesinos de La Colorada a buscar fuentes de ingreso complementarias: se emplean como trabajadores de granjas avícolas que se han instaurado en la región en la última década, en algunas minas de grafito que aún operan, en trabajos eventuales en la capital y, aunque pocos, todavía hay quienes gambusean.

Al revisar la historia reciente de los campesinos de La Colorada parece evidente que el proceso de incorpora-

¹¹ Como parte del proyecto de investigación se hicieron estimaciones detalladas para definir estas cantidades, que constan en el trabajo extenso de Pérez, Emma Paulina, Peralta, Orem y Martínez, José Ma-

ría, "De mineros a ganaderos: un caso de incorporación campesina al desarrollo regional. La Colorada, Sonora: 1886-1984", *Cuaderno de trabajo* núm. 3, Hermosillo, mayo de 1986.

ción de los ejidatarios a la producción ganadera y su especialización en la cría de becerro y en la producción de queso, está lejos de ser una alternativa económica de donde provenga el sustento total de las familias. Para más de las tres cuartas partes de los productores, la ganadería es aún una promesa, y quizá para el resto es una realidad a la que se enfrentan cotidianamente a costa del pago de créditos e intereses, y de costosos insumos modernos para la producción.

Ayer como mineros, hoy como ganaderos, los habitantes de La Colorada permanecen en la lucha por subsistir, y esa es quizá la historia más olvidada.

BIBLIOGRAFIA

- AGÜILAR CAMIN, Héctor; 1977, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*; Siglo XXI; México.
- BESSERER, Federico; DIAZ, José y SANTANA, Raúl; 1980, "Formación y consolidación del sindicalismo minero en Cananea"; Revista Mexicana de Sociología; IIS-UNAM; Año XLII, Vol. XLII; núm. 4, pp. 1324-1325.
- PEREZ, Emma Paulina; PERALTA, Orem y MARTINEZ, José María; 1986, *De mineros a Ganaderos: un caso de incorporación campesina al desarrollo regional. La Colorada, Sonora (1886-1984)*; Cuaderno de trabajo núm. 3, CIAD, Hermosillo, mayo.
- SALAZAR FERRA, Blas; 1983, "La Colorada en el recuerdo"; trabajo mecanografiado; Hermosillo, México.
- SECRETARIA DE FOMENTO E INDUSTRIA; 1910, The Creston Colorado Co.; boletas para consignar datos censales de la industria minera; Dirección General de Estadística, Fomento e Industria; México, Archivo Histórico del estado de Sonora.
- SRIA. DE REFORMA AGRARIA; Documentación oficial del expediente agrario del ejido La Colorada; Delegación Estatal: Hermosillo.

